

Separado de Cocardasse y de Bonifacio á causa de la justa, Felipe regresó solo al campamento, mortalmente desesperado, reprochándose la heroica contención por la que todos le habían felicitado.

Allí le aguardaba otro disgusto.

Ante la entrada de su tienda hallábase un hombre de cierta edad, cuyos empolvados vestidos y fatigadas facciones indicaban que acababa de efectuar un largo viaje.

— ¿Es usted el sargento Felipe? — preguntó al joven, así que lo vió aparecer.

— Sí.

— ¿El amigo de una joven llamada Marina Moutier?

— ¿Sí, viene usted á hablarme de ella?

— Tengo que darle una carta de su parte.

— ¡Una carta!

— Que traigo expresamente desde París... Aquí está.

Cogió Felipe la misiva y, repentinamente invadido por siniestro presentimiento — pues era para él día aciago, — la abrió tembloroso.

Sólo contenía estas palabras :

« Ven pronto, Felipe... ¡ Ven pronto, si quieres verme antes de que muera!

» MARINA ».

— ¡ Oh ! ¡ Dios mío ! ¡ Se muere Marina ! — exclamó, muy pálido.

Luego, temblándole la voz, añadió :

— Caballero, usted, que viene de su parte... que debe de conocerla... Dígame que no es verdad... Explíqueme... por favor... no, ¡ no es posible !... ¡ Marina !... ¡ Una niña !... ¡ Morirse !... ¿ por qué ?...

El sargento parecía tan profundamente entristecido, que el forastero le dió la mano como para ayudarle á sufrir su aflicción.

— Creo que una gran desgracia pesa sobre ella — murmuró al mismo tiempo.

— Una gran desgracia ¿ cuál ?

— No lo sé. Lo único que puedo decir es que se halla presa de una desesperación sin límites.

— Pero ¿ por qué causa ?

El extraño le miró un momento, con profunda atención, y repuso :

— Todavía lo sé menos. Atiéndamen un momento, y

le pondré al corriente de la situación actual de esa pobre niña.

— Hable usted... hable...

— Hace cinco días, regresaba yo á mi casa, á altas horas de la noche.

Al pasar por el puente de la Cité, distinguí, hacia el medio, una mujer que, con el cuerpo imprudentemente asomado al parapeto, parecía escrutar con la mirada las profundidades del río.

Por una larga experiencia, he aprendido á leer en el rostro de mis semejantes, como en un libro abierto, el reflejo de las incesantes miserias humanas.

Desde lejos, adiviné las intenciones de la mujer.

Corrí á ella, y, acercándome, noté que no tenía la pobre ninguna ilusión que guardar.

Era joven, casi una niña y muy bonita.

La luna daba de lleno en el agua, que, como un espejo, enviaba la luz á la inclinada faz de la muchacha.

Esa faz estaba contraída por la obsesión de una idea de suicidio.

En sus hermosos ojos aparecía ya la espantosa expresión del vértigo.

Los amantes de la muerte son gentes sombrías.

Yo me daba prisa, escondiéndome todo lo posible, cuando ella se volvió de repente hacia mí, y, previendo que yo me opondría á su proyecto, se arrojó inmediatamente al vacío.

Afortunadamente, sólo me separaban de ella cinco pasos; los franqueé de un salto y tuve la suerte de

cogerla por las faldas, por medio de las cuales conseguí, no sin esfuerzos, volverla al puente.

Al principio, la desdichada se agitaba entre mis brazos, suplicándome que la dejase morir, porque, según ella, la vida le era pesada carga.

No obstante, merced á palabras de consuelo que yo le prodigaba, se calmó gradualmente y hasta acabó por prometerme abandonar, á lo menos momentáneamente, sus ideas de suicidio.

Al ver que se volvía razonable, le pregunté sus señas á fin de acompañarla.

— ¡Ay! — me contestó. — Ya no tengo domicilio.

— ¿Cómo que no?

— No... desde esta mañana... he huído de donde estaba, y por nada del mundo quiero volver.

Yo le dije :

— Pero, puesto que ya se ha reconciliado usted con la existencia, no veo lo que le impide regresar á su casa.

— No estaba en mi casa... era sirvienta en... en casa... de una señora, y me moriría de vergüenza antes que volverme á presentar ante ella.

Y se expresó en tono tan decidido, que no creí prudente insistir más.

— Hija mía — le dije, — no puede usted quedarse errando por las calles.

Es menester buscarle alojamiento.

— ¿Y dónde?... Yo no conozco á nadie en París... á nadie — repitió con energía.

— En ese caso, ¿quiere usted fiarse de mí? La con-

duciré á un sitio seguro, donde será bien recibida y tratada.

En aquel momento, pasábamos bajo un farol.

La joven me miró rápidamente, pues las mujeres no necesitan largo estudio para formarse una opinión, y, sin duda, mi rostro le inspiró confianza, pues me dijo :

— Tiene usted cara de hombre honrado, caballero... Estoy dispuesta á seguirle.

Entonces la acompañé á una fonda, en donde á veces habito yo mismo y la honorabilidad de cuya fondista conozco hace tiempo.

Esa fonda se halla situada en la calle del Pas-de-Mule.

Mandé que la dieran una buena habitación, y después de recomendarle á la hostelera, la dejé, asegurándole que volvería á verla al día siguiente.

Y, en efecto, volví.

Á la cabecera de su lecho, había una criada, la cual me dijo que la niña enfermó poco después de mi salida, y que por la mañana había tenido violento delirio durante el cual pronunció frases sin ilación, ininteligibles, en las que, no obstante, se podía oír el nombre de Felipe, que parecía terminarlas todas.

Para mí, nada significaba ese nombre ; puesto que no conocía yo á aquel á quien se aplicaba ; sin embargo procuré recordarlo.

Pasado el delirio, y aunque aniquilada por la enfermedad, tenía bastante presencia de espíritu.

Acerquéme á ella y la pregunté :

— ¿ Se acuerda usted de mí, señorita ?

— Sí, señor., usted es quien, desgraciadamente, me salvó anoche.

— ¡ Oh ! no hable usted de ese modo ; á su edad, no hay que dejarse abatir, por mucho que sea el rigor de las penas que nos torturen.

Y, después, con tono que trataba yo de hacer insinuante, añadí :

— Ayer, me aseguró usted no conocer á nadie en París, de quien pudiera solicitar ayuda. ¿ Es verdad ?

— Sí, señor — gimió ella.

— Si le dirijo esa pregunta, es para procurar servirla. Soy para usted completamente desconocido ; aquí se halla usted entre extraños, y por muy dispuestos que estas buenas gentes y yo estemos á servirla, no podríamos reemplazar los cuidados de una mano amiga, como usted comprenderá.

— ¡ Me queda tan poco que vivir !

— ¡ Otra vez ! — exclamé con reproche. — Si alude á la fiebre que padece ahora, no tienen alcance sus palabras ; puesto que dentro de veinticuatro horas, á lo sumo, habra usted recobrado la salud.

— ¡ No es la fiebre lo que me mata !...

Yo adivinaba en ella una llaga interna ; pero ¿ de qué naturaleza ?

No tenía yo la menor sospecha.

Á fin de aclarar este punto, decidíme á hablarle de ese Felipe cuyo nombre había pronunciado en su delirio, esperando por ahí provocar sus confidencias, cuando de repente, me dijo :

— Ya que ha sido usted tan bueno para conmigo, quisiera pedirle un favor.

— Pídamelo sin miedo, hija mía, y si está en mi poder hacerlo, cuente conmigo.

— ¡Pues bien! — contestó en voz baja — es, que, cuando yo deje de existir, anuncie inmediatamente mi muerte á... á...

Notando su vacilación en pronunciar el nombre que le venía á los labios, y sin volver á combatir la funebre idea que le acosaba, le pregunté :

— ¿Á quién?

— Al... sargento Felipe — dijo, por fin, con trabajo.

— ¿Al sargento Felipe? ¿dónde está?...

— Lejos... muy lejos... en el ejército... en Flandes... Es el único amigo que me queda en el mundo... y sólo él me llorará...

— ¡Pues bien! No aguardaré su muerte para ir á avisar al sargento Felipe, y saldré esta misma noche para Flandes.

— ¡Oh! ¡no! ¡no! — exclamó — que no me vea mientras esté aún viva... no, no... No quiero... el menos que nadie... pobre amigo... se afligiera demasiado... y yo... yo... no podría soportar su vista.

Pero mi resolución estaba tomada, y tanto más, cuanto que, para la ejecución de un deseo personal, tenía ya proyectado visitar el ejército de Flandes, donde estaba seguro de encontrar amigos.

Estaba, pues, muy satisfecho de, sirviéndome á mí mismo, prestar un servicio á otros y de conocer, además, á un joven suboficial.

Por eso, sin saber los lazos que unen á usted con esa niña, veía en usted un amigo de ella, el único, como decía la pobre, que le quedase en el mundo, y si realmente llegase ella á morir, tengo yo gran interés en que sus últimos momentos sean aliviados por los consuelos de la amistad.

Por lo tanto, me ingenié para animarla, y después de apremiantes exhortaciones, acabé por conseguirlo.

Y hasta llegué á hacerle desear la presencia de usted, sin que de ningún modo me fuera posible quitarle de la cabeza la idea de una muerte cercana.

La hice escribir esta carta; salí de París por la noche... y aquí me tiene.

Ha concluido mi misión; á usted ahora, el terminar la obra que yo he empezado.

Si me cree, márchese inmediatamente, pues no hay tiempo que perder... durante mi ausencia han podido ocurrir muchas cosas.

Le recuerdo la dirección: calle del Pas-de-la-Mule — fonda del *Roussin d'Arcadie*, propiedad de la señora Gloria.

Felipe había escuchado al desconocido con las facciones crispadas por la angustia, y mordiéndose de cuando en cuando los labios.

— Señor — le contestó, — voy á seguir su consejo, y dentro de un cuarto de hora, estaré camino de la capital. Marina es casi hermana mía, y la tengo verdadero cariño.

¿Qué catástrofe ha venido á emponzoñar sus días?... Lo mismo que usted, lo ignoro absolutamente.

Pero, si Dios permite que llegue antes de que ella haya dejado de existir, no se negará Marina á confiármela, y entonces, tendré influencia bastante sobre ella, para devolverle el apego á la existencia.

— Deseo ardientemente que se realice esa esperanza, sargento Felipe.

— Una palabra aún, caballero. En esta circunstancia, ha dado usted pruebas de un cariño excesivo para nosotros, á quienes no conoce. ¿Puedo saber lo que le ha inducido á proceder así?

Ya se lo he dicho — exclamó el extranjero. — ¡Diablo! ¡diablo! se me olvidaba... Era para mí gran suerte el poder prestarle un pequeño favor y pedirle, en cambio, se sirviese presentarme á algunos de sus compañeros.

Pero — continuó, al tiempo que un ligero carmín teñía sus mejillas — tenía también otro motivo.

Hace unos quince años, sin quererlo y sin saberlo, cometí una mala acción, cuyas consecuencias pesan desde entonces sobre el que fué víctima de ella.

Cuando reconocí mi falta, juré hacer todo lo posible en el mundo, para repararla.

Hasta hoy, ninguno de los pasos que he dado en ese sentido ha tenido éxito.

Entretanto, no tengo más medios de tranquilizar mi conciencia que el servir á mi prójimo, siempre que tengo ocasión.

Y mientras hablaba, contemplaba con insistencia el rostro del joven.

— Su conducta, caballero, indica un buen corazón;

seguramente será recompensado por ella — dijo Buena Espada. — Sólo me queda preguntarle su nombre, para que quede por siempre grabado en mi memoria.

— Mi apellido es muy humilde... Me llamo Héλουin.

— Muchas gracias, y hasta la vista, señor Héλουin. En lo sucesivo tiene usted en mí un amigo seguro y sincero.

— No lo dudo... ¡Ah! ¿cómo va usted á efectuar el viaje? — preguntó el extraño.

— Pediré prestado un caballo á uno de mis oficiales.

— ¿Por qué no toma el mío que está allí, atado á esa estaca, comiendo su última ración de avena?

— Debe de estar cansado, si ha venido usted en él de un tirón.

— ¡Cansado! ¡Un caballo de pura raza como ese! ¡Quia!

Todas esas últimas palabras fueron pronunciadas por ambas partes casi sin reflexión.

No había duda de que el joven estaba absorto en la desastrosa noticia que acababa de oír.

En cuanto á Héλουin, miraba con tal insistencia á su interlocutor, que debía de tener éste muy preocupada la imaginación para no notarlo.

— En fin — dijo Felipe. — Permítame estrechar su mano, y dentro de un segundo estoy á caballo...

— Un momento — murmuró el otro — disponiéndose á apretar los dedos de Felipe.

Pero su mano sólo encontró el vacío, y Héλουin permaneció inmóvil en el mismo puesto, sorprendido de la brusca desaparición de Buena Espada, que acababa

de salir al encuentro de un muchacho alto y delgado, gritando :

— ¡Bonifacio! ¡Bonifacio!

— ¿Qué quieres, Felipe? — preguntó el hijo de Passespoil que, en cuanto hubo entrado en el campamento empezó á buscar á su amigo, para consolarle y hacerle olvidar la aventura del torneo.

— Marina, mi hermanita, está en peligro de muerte... Vuelo á París, á su lado... Díselo al señor de Tresmes, explicándole el imperioso motivo que me obliga á ausentarme.

No lo olvides.

— Pierde cuidado... ¿Pero ¿qué me dices? ¡Tan mala está Marina!

— Así parece... estoy trastornado.

— ¡Yo también! ¡Pobre chica!...

— Di, ¿tienes algo de dinero disponible?

— ¿Qué? — preguntó Bonifacio, fingiendo no haber entendido.

— Que si puedes prestarme algunos escudos.

— ¡Sí, sí! ¡ya lo creo! — exclamó el joven Passespoil, arrepentido de haber cedido con su amigo á su habitual inclinación. Todo cuanto quieras.

— Dame, pues.

Nuestro avaro hundió la mano en sus calzones y entregóse á laborioso trabajo de exploración.

— Pronto, pronto... los minutos son siglos.

— Ten, ten... ya están aquí los de la pierna derecha. ¿Tienes bastante, ó quieres también los de la pierna izquierda?

— No; hay diez, ya me basta.

Y de un brinco, montó en el caballo del señor Héluin — de quien no se acordó de despedirse, — picó espuelas y pronto desapareció en una nube de polvo.

Cruzaba el espacio con tal velocidad, que no distinguió en uno de los recodos de la carretera á los señores de Tresmes y de Fonty ocupados en batirse.

Y menos aún vió que éste último caía con el pecho atravesado por la espada del capitán.

Estaba su imaginación tan empapada del extraño acontecimiento ocurrido á Marina que ya no se acordaba del desafío de los dos hombres ni del incidente que lo había provocado.

Más tarde se disculpó con el señor de Tresmes, quien le perdonó á gusto.

Después de la repentina marcha del sargento, Helouin se quedó en su sitio, con una mano en la frente y la otra sosteniendo el codo, en la misma actitud que debería de tener Arquímedes en el baño, segundos antes de lanzar su famoso : *Eureka*.

El tal señor Helouin parecía ser un hombre muy tranquilo y muy bueno; además, ¿no era prueba de ello el servicio que había hecho á Felipe?

Y sin embargo, parecía estar bajo la influencia de molesta preocupación, pues daba golpecitos con el pie, murmurando :

— ¿En dónde he visto yo esa cara?... Es singular, se extravía mi memoria.

De pronto, dió un salto adelante y se dirigió hacia el lugar en que Felipe había hablado á Bonifacio, susurrando, con mezcla de ira y de alegría :

— ¡Ya caigo!... Es él, él, el modelo del retrato que tengo desde hace quince años en mi cerebro...

— ¡Ya caigo! ¡ya caigo! ¡Ah! Era menester la divisa de su abuelo, el duque, para dármele á conocer.

Y mientras se hablaba á sí mismo, corría á lo largo de la línea de tiendas de campaña, muy sorprendido por no ver ya á Felipe, el cual, no esperando esa vuelta, acababa de montar á caballo y desaparecía entre una nube de polvo.

De repente, al volver una alameda, su marcha fué bruscamente interrumpida por un choque violento, que le echó al suelo y le hizo volver á saltar por la tela de una tienda al mismo tiempo que oía gritar :

— ¡Por vida de!

Pero la exclamación de Cocardasse, — pues él era quien así chillaba — terminó con entonación más suave, y con voz de alegre sorpresa añadió, ayudando á ponerse de á plomo á la víctima de su encuentro :

— ¡Caramba! señor barón de Posen; no creí encontrar á usted aquí. ¿Sale usted de alguna boca de fuego, para volar de ese modo?

Y, cosa rara, el que se había dado á sí mismo el nombre de Helouin, no parecía extrañarse al llamarle barón de Posen. Y, todavía con su preocupación y algo aturdido, preguntó :

— ¿Sabe usted algo nuevo?

— ¡Ya lo creo! — contestó el soldado, atusándose el bigote.

— ¿Conoce al sargento que hablaba aquí, hace un momento con ese guardia francés?

Y con el dedo señalaba la sombra de Bonifacio, que se perdía entre un grupo de soldados.

— ¿El sargento que hablaba con ese famélico?... —
...¿Buena Espada? — ... ¡Pues si es *él mismo!*

Su interlocutor se sobresaltó :

— ¡Él!... ¿el hijo de Lagardère?...

— El mismo, le repito ; tengo pruebas seguras.

— ¿Pruebas seguras?

— Absolutamente.

— ¿No se equivocará usted?

— ¡Canastos! cuando se lo afirmo...

— ¡Ah! ¡lo sospechaba! — exclamó el á quien habían llamado barón de Posen. — ¡Y qué mal he hecho!

— ¿Dice usted?

— Digo que tenemos mala suerte : que, sin querer, acabo de cometer la tontería mayor de mi vida.

Las pupilas del veterano se clavaron interrogativamente en el barón.

— ¡ Ahí está, ese parecido que yo buscaba!... — continuó éste. — ¡Ah! ¡qué ciego he sido!

¡Por qué se me ha aparecido tan tarde la faz del duque!

— ¿Querría usted, señor barón, decirme de qué se trata? — preguntó Cocardasse, que no entendía nada de las palabras de su interlocutor.

— Se trata de que no hace aún cinco minutos, he enviado al sargento Felipe á París.

— ¡Á París!

— Sí, á París, en donde le han de tender toda clase

de emboscadas... No puedo menos de temerlas, á juzgar por mis últimos informes.

— Pero, ¿y por qué esa marcha?

Muy desanimado, el barón puso á Cocardasse al corriente de los hechos que le habían llevado al campamento y del encargo que trajo á Felipe.

— ¡Qué lástima! — exclamó Cocardasse. — ¡Ahora que ya lo teníamos... después de dos años de buscar por montes y selvas!

— ¿Podía yo prever que fuera él?

— ¡Buena la ha hecho usted, barón! Y tanto más, cuanto que los que le odian le han perseguido hasta aquí, lanzando tras él á un miserable que ayer mismo intentó dos veces asesinarlo.

— ¿Ayer?

— Por la noche... y por milagro pudo salvarse. Voy á contárselo.

Cocardasse empezaba á narrar la emboscada de la vispera y la lucha de la hostería, cuando el barón le interrumpió :

— Ya me lo contará otro día ; me voy ahora mismo á la capital.

— ¿Se va usted?

— Sin demora. Tengo que encontrarme allí casi al mismo tiempo que él, para velar inmediatamente por su seguridad.

— ¡Bueno! ¡vámonos, barón, vámonos!

— ¿Quiere usted acompañarme?

— ¿Cree usted que voy á dejarle solo para prote-

gerlo? Ese joven es mío. Yo soy el primero que lo ha descubierto... reconocido...

— Conforme; venga... Pero ¿y los caballos?

— No faltan caballos en el campamento. Esperemos un poco, voy á traer dos.

El soldado penetró en la parte donde acampaba la caballería.

Al cabo de un cuarto de hora, volvía teniendo de la brida dos hermosos alazanes de raza anglosajona.

— ¡Aquí están! — dijo. — El señor Charnac, teniente de mosqueteros de la Reina, antiguo discípulo mío, me ha prestado estos magníficos potros que, según me ha dicho, se llaman Cástor y Pólux, en recuerdo de dos amigos suyos difuntos. Son buenos ¿eh?

— No parecen malos; pero no llegan á valer lo que el mío de pura raza, que se ha llevado el sargento Felipe, y no hay que pensar en alcanzar á éste. Y hasta me temo que nos veamos obligados á hacer muchas paradas...

— ¿Es usted buen jinete, señor de Posen?

— ¡Qué ocurrencia!

— Es que yo lo soy, ¡y como no hay dos!

— Vámonos, pues, coja usted á Cástor, que yo me quedo con Pólux.

Montaron los dos hombres.

— Sin embargo — dijo el veterano, al poner el pie en el estribo — hubiera querido hablar al señor de Chaverny; pero ¡no importa! ya le veré en París.

Y dando un taconazo á su cabalgadura, salió del campamento con el señor de Posen.

Una vez en la carretera, ambos emprendieron galope.

Era pintoresco espectáculo el ver á nuestro soldadote á caballo; sus largas y delgadas piernas colgando á los lados de Cástor y tocando casi al suelo, buscaban continuamente los estribos, entregándose á rara gimnasia, como si caminasen por un terreno imaginario.

Lo que nos demuestra que, según su costumbre, se había vanagloriado algo al asegurar que poseía á fondo el arte de la equitación.

No obstante, á pesar de su completa falta de estabilidad, conseguía sostenerse sobre el animal, y á la altura del barón que era consumado jinete.

— Debemos detenernos en Courtrai para entonarnos y para que respiren los caballos, — propuso este último, al cabo de un rato.

— ¡Está demasiado cerca!... observó el veterano con aire pesaroso.

— Si sólo se tratase de nosotros, podríamos ir más lejos; pero de aquí á esa ciudad hay unas diez y ocho leguas, y tras semejante etapa, habrá que dar algunas horas de reposo á nuestros caballos.

Además, en cuanto los veamos ya descansados, volvemos á montar.

— Como usted quiera. Yo creí que no nos apeariamos hasta Lille.

— ¡Hombre! ¡parece que habla usted en guasa! ¿No sabe que Lille está á cuarenta leguas de Ostende?

— ¡Que si lo sé!...

— ¿Y querría usted tirarse todo ese trecho sin descansar?...

— ¡Toma! ¡y hasta el doble, barón!... — replicó Cocardasse con rara seriedad.

— ¡Hum! — murmuró para sí Posen — ¡Eso huele á gascón! — Ya quisiera yo ver á nuestro hombre al fin de la jornada, sobre todo, del modo que cabalga.

Naturalmente, estaba extrañado de que un maestro montase de tan inusitada manera, y se explicaba el « como no hay dos » de Cocardasse.

De todos modos, conociendo el amor propio del viejo soldado, que era excesivamente quisquilloso, fingía no notar su continua navegación.

Hacia ya un buen rato que Cástor daba señales inequívocas de des contento, señales que hubiera comprendido en seguida cualquiera que no fuese Cocardasse.

Bajó varias veces las orejas y hasta, con un brusco movimiento de cabeza, arrancó de manos del gascón las bridas, que éste tuvo gran dificultad para volver á coger.

Indudablemente, fastidiado por ese peso que se paseaba sin cesar por su lomo, había pensado ya, en su cerebro de animal :

— Voy á procurar demostrar á este individuo que no estoy muy satisfecho de su maniobra y que si tengo montura es para que se siente en ella y no para que salte constantemente encima.

Y para interpretar su pensamiento, empleó el único lenguaje que estaba á su alcance.

Pero fué inútil, pues Cocardasse ño entendía una palabra de ese idioma.

Así es que Cástor perdió la paciencia y se prometió

aprovechar la primera ocasión para dar una buena lección á su verdugo.

No tardó en presentarse dicha ocasión.

El señor de Posen, que montaba correctamente y que, por lo tanto, cansaba menos á su caballo que el gascón, llegó á adelantarse mucho á éste.

Temiendo acabar por perder de vista al barón, si continuaba quedándose atrás, ocurriósele á Cocardasse la mala idea de pinchar con la espada la nuca del caballo, para que éste acelerase su marcha.

Era ya demasiado para Cástor...

En cuanto sufrió tal ultraje, encabritóse con tal furia, que, para no caerse, apenas tuvo el soldado tiempo de echarle los dos brazos al cuello, contra el cual pegó el pecho, estremeciéndose de miedo.

— ¡Demonio!... ¡Se pone rabioso este animal! ¡Barón! corra usted... corra á sujetarlo.

¡Ah! El barón había ganado terreno, y nada veía de cuanto tras él pasaba.

El gascón creía llegada su última hora ; pues se daba cuenta de la suerte que le esperaba sí, por casualidad, llegase á caer : con seguridad sería horriblemente pateado.

De pronto, Cástor, presa de otro capricho, abandonó la carretera y corrió á campo traviesa.

Iba como el viento, franqueando toda clase de obstáculos, cercas, fosos, montículos, con rapidez inaudita.

¿Cuánto duró esto?

No lo hubiera podido decir el gascón, pues perdió totalmente la noción de las cosas.

Por fin llegó el término de su martirio.

Un arroyo de unos quince pies de ancho le cerró el paso. Al querer saltarlo, Cástor cayó en medio, lo que permitió á Cocardasse el desmontar.

El arroyo era poco profundo, por lo que jinete y caballo no sufrieron más que el baño consiguiente.

Los dos pusieron el pie al mismo tiempo en tierra firme.

El baño había producido saludable efecto en el anglosajón que, enteramente calmado, no demostró ya ninguna veleidad de rebelión, y fué por sí mismo á colocarse al lado de su amo interino.

Al envejecer, Cocardasse, tipo conocido del charlatán astuto y del honrado hablador, vió acentuarse sus defectos, y si había tenido miedo en la grupa de Cástor — sentimiento que hasta entonces sólo conocía de nombre — fué porque, en su larga carrera, nunca había montado un caballo verdadero, pues no se puede decorosamente dar tal nombre al animal en que cabalgaba, veinte años antes, en el valle de Louron, cuando fué á la posada de *La Manzana de Adán* á encontrar á los miserables encargados de asesinar al duque de Nevers.

Al verse en su posición normal, recobró el veterano toda su tranquilidad.

— ¡Qué buen jinete soy! — exclamó — ¡Soportar semejante carrera sin moverme!... ¡Y domar en nada de tiempo á este potro salvaje!

Seguramente va á felicitarme el barón.

Pero, ¿y qué se ha hecho del señor de Posen? — se preguntaba — ¿Y en dónde estoy yo?

Caía la noche, y el horizonte empezaba á inundarse en la bruma del crepúsculo.

Empezó á explorar con la mirada los alrededores para tratar de conocer su dirección.

Mas no lo consiguió: no había sino campos y más campos, silencio y aislamiento.

Muy perplejo, meditaba lo que debía hacer, cuando distinguió á lo lejos un punto que iba aumentando poco á poco.

— ¡Si es el barón! — exclamó — ¡Entonces todo va bien!... ¡Tal vez se haya desbocado tan bien su caballo y no pueda refrenarlo el pobre hombre!

No se equivocaba en cuanto á lo primero.

Era, en efecto, el señor de Posen, que, habiéndose vuelto para ver cómo iban Cocardasse y el anglosajón, quedó sumamente sorprendido al verlos á ambos muy lejos, corriendo por los campos de cebada en la situación que ya conocemos.

Había dado media vuelta en seguida, para lanzarse en persecución de los fugitivos, persecución que duraba ya veinte minutos.

No tardó en estar á su lado.

— ¿Pero qué hace usted, compañero? — preguntó á Cocardasse — ¿Piensa llegar á Courtrai por ese camino?

— No. Pero la culpa la tiene este maldito animal que me ha traído aquí sin saber si yo quería venir.

— Tal vez no le haya faltado razón.

— ¿Qué entiende usted por eso, barón? — preguntó Cocardasse irguiéndose.

— Pues entiendo... En fin esto lo discutiremos más tarde. Por ahora, procuremos saber dónde estamos.

— ¡Estamos en el campo! — replicó el gascón, bromeando aun en las más graves circunstancias.

— Sí, á dos leguas de la carretera; lo que hace cuatro leguas perdidas.

— ¡Bah! ¡eso no es nada!

El barón, poco predispuesto á bromear, se encogió de hombros.

Después, sondeó el espacio con mirada investigadora.

Tras cinco minutos de examen, movió la cabeza con desaliento.

— ¿Qué ocurre? — preguntó el veterano.

— Pues que estoy completamente desorientado. No veo nada que me indique la carretera que debemos seguir. Claro es que si fuese de día nos sería muy fácil encontrarla; pero la oscuridad aumenta de segundo en segundo, y temo que nos perdamos más aún si caminamos al azar.

— ¿Y qué deduce usted de eso?

— Pues deduzco que no nos queda más remedio que tratar de descubrir en las inmediaciones alguna cabaña de campesino, á fin de proporcionarnos un guía.

— No es mala idea, barón.

— Por consiguiente, vamos á orillar este arroyuelo, pues seguramente en sus bordes habrá alguna vivienda. Y, en la primera que encontremos, solicitamos, pagándolo, que nos ayude un quidam cualquiera á ponernos en buen camino.

— Magnífico..

Los dos hombres se pusieron en marcha.

Por prudencia, el veterano caminaba á pie, agarrando á Cástor por el ronzal.